

MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

CRÍTICA.—Historia jeneral de Chile, obra inédita del jesuita Diego de Rosales (1).—Juicio crítico leído en la conferencia pública celebrada por la Facultad de humanidades de la Universidad de Chile, el 19 de diciembre de 1871, por B. Vicuña Mackenna.

I.

La *Historia jeneral de Chile* por el padre Diego de Rosales es sin disputa un verdadero monumento nacional. Antigua, auténtica, comprobada, revestida del prestigio de los siglos, escrita no solo por un testigo de vista, sino por un actor culminante, i adornado de raras dotes literarias, no podrá menos, cuando se dé a luz, de ofrecer una extraordinaria novedad i mayor autoridad. Es la única obra completa sobre su época; i si bien ésta no pasa mas allá de los primeros 117 años del descubrimiento (1535-1652), deja mui atrás a los cronistas puramente militares que se han ocupado de esa era, como Góngora Marmolejo, que termina su relacion en 1575, o Mariño de Lovera, que no llega aun ni tan lejos. Otro tanto podria decirse de nuestra mas célebre crónica relijiosa del siglo XVII, la *Historia* del padre Ovalle, porque ésta, en cierta manera, no fué sino un compendio de la inédita de Rosales, segun éste lo asevera terminantemente, declarando que aquel candoroso narrador “se refirió varias veces (son sus palabras, cap. 13, lib. 1.º) a esta *Historia jeneral*, por haber escrito el padre Alonso de Ovalle en España i no tener las noticias suficientes”. I este concepto vuelve a repetirlo en varios otros pasajes, llamando, empero, con una cortesía poco frecuente en los autores de esa época “curiosa, elegante aunque breve historia”, a la larguísima i milagrosa del buen padre, predecesor suyo en el molde de las imprentas. En cuanto a las de-

(1) *Historia jeneral del Reino de Chile, ó Nueva Estremadura, por el P. Diego Rosales*: dos gruesos infolios a dos columnas, letra del siglo XVII, con 329 fojas.

más historias jenerales de Indias que se ocupan particularmente de nuestro suelo, como la de Oviedo, la de Herrera i la de Toledo, son mui anteriores a la presente, fuera de que consagran sus noticias mas al descubrimiento que a la conquista, mientras que aquellas que se imprimieron por hijos del país i versaban especialmente sobre éste, como la de Melchor del Águila i la de Isaac Yañez, que cita Molina, han desaparecido como por via de maleficio del comercio del mundo, al punto de no existir en biblioteca alguna conocida un solo ejemplar de ellas. La historia de Rosales ocupa, por consiguiente, el promedio entre aquellas viejas crónicas i las mas modernas de Córdoba Figueroa, Olivarez, Molina, Perez Garcia i Carvallo, i de esa suerte ata la hilacion de las unas a la de las otras, dando cuerpo de unidad a toda nuestra historia colonial

II.

Escasísimas son las noticias personales que se cousevan del autor del libro famoso que vamos a recorrer de prisa i sin ninguna pretension de estilo ni de erudicion. Sábese solo que era natural de Madrid; que no debió venir a América en edad temprana, pues ya era sacerdote de misa, ni con escasos merecimientos, pues habia renunciado cátedras en España por la predicacion en las Indias; que aportó a Chile por el año de 1630, esto es, cuando no habia trascurrido del todo el primer siglo del coloniaje; que fué un misionero insigne en Arauco, en Cuyo i en Chiloé; que vivió mas de 40 años entre nosotros; que fué varias veces rector del convictorio de San Francisco Javier, único colejio de enseñanza superior que existió en Chile durante dos siglos; i por último, que alcanzó en dos ocasiones la honra, en esos años suprema, de ser nombrado provincial de la Compañía de Jesus. En calidad de tal remató esta historia ya mui entrado en años i en respetos, habiendo empleado en su preparacion el espacio de tiempo comprendido entre 1645 i 1673, esto es, una tarea de 30 años.

III.

A su arribo a Chile, el padre Rosales no pudo menos de encontrar en vida a muchos de los hijos de los primitivos conquis-

tadores, como que consta de la historia que uno de los propios compañeros de Valdivia alcanzó a divisar las luces del siglo en que el jesuita escribiera su crónica. Él mismo cuenta en diversos pasajes que disfrutó los informes personales del célebre soldado don Diego Gonzalez Montero, el único chileno que alcanzara durante la colouia los honores del primer puesto del reino, i cuyas hazañas, hasta hoy no conocidas, en nada desdicen de las aplaudidas de su contemporáneo i compatriota Pedro Cortés. En otra ocasion, narrando las sangrientas campañas del presidente Sotomayor, a últimos del siglo XVI, dice de don Fernando Álvarez de Toledo, el autor de *Puren indómito* i que tuvo casa infanzona en una de las esquinas de nuestra plaza de armas, que era “un caballero andaluz mui valeroso i mui cristiano, que se halló presente, i es quien me ha dado mucha de la materia de este gobierno” (el de Sotomayor). Otro tanto puede decirse de próceres del coloniaje cuyo nombre ha hecho desaparecer, mas que el olvido, la incuria de las jeneraciones, como el sarjento mayor Romay de los tercios de Arauco (empleo de graa consideracion en aquel tiempo), que escribió una crónica militar contemporánea, i como tal, refirió la verdadera vida de la Monja-Alférez, su compañera en las filas, i que por cierto dista mucho del disparatado romance que se ha conocido por mas de doscientos años como su autobiografía. Con relacion a sus contemporáneos, puede por tanto decirse que Rosales es el Garcilaso de Chile.

IV.

Aconteció tambien que por los mismos años en que el padre Rosales vino a Chile, un alto funcionario público, el culto presidente Fernandez de Córdova nada menos, estaba ocupado en coleccionar a toda costa los materiales de una grande historia de esta nacion maravillosa en que la crónica era siempre una epopeya; i esos mismos tesoros de nuestro pasado vinieron por algun acaso a parar en manos del diligente jesuita después de 40 años, i le sirvieron para su libro. Él mismo es quien nos lo cuenta. “Por ser tan leido i amigo de las historias (dice del presidente Fernandez de Córdova), descó mucho ver escrita la historia jeneral del reino. I a ese fin, con gusto suyo i diligencia, juntó

muchos i muy curiosos papeles, que estuvieron arrinconados mas de cuarenta años, hasta que los desenvolví, i de las relaciones mas verídicas compuse esta historia, ayudado de otros papeles i de las noticias que he adquirido en los años que estoi en este reino, que pasan de cuarenta i tres”.

Reminiscencia es ésta en estremo halagadora para los que todavía luchan en la arena de las letras, pues pone en claro la alta estima en que las tuvieron nuestros mayores. Porque éstos, no obstante la rudeza que les hemos atribuido, regalaron a la literatura española su primer poema i legaron a nuestro suelo, desde Bascuñan a Carvalho, desde Góngora a Perez Garcia, desde Olivarez a Molina, mas historias que cuanto se han escrito de todas las demás tierras americanas juntas al sur del ecuador. Injusto seria no recordar aquí que las primeras pájinas de nuestra leyenda nacional, hoy por desgracia irrevocablemente perdidas, fueron dictadas por el secretario mismo del primer gobernador de Chile (Jerónimo de Vívar), i que las cartas de su señor no desmerecian en mucho de los del célebre conquistador de Méjico, que se han comparado a las de César.

Esto, en cuanto a las informaciones i a los documentos que sirvieron al historiador en el acopio de su crónica.

V.

Con relacion a su mics propia, ya hemos dicho, citando sus palabras, que habitó en Chile 43 años, i que a la postre de ellos escribió su libro. En su triple carácter de misionero, de profesor i de provincial, todo lo vió i juzgó con suficiente discernimiento. “I puede su Reverendisima, dice por esto con razon uno de los entusiastas informantes de su libro (el provincial Ramirez de Leon), sacar la cara entre todos los historiadores del mundo i decir que ha escrito de este reino de Chile lo que en él ha oido de los mas verídicos i antiguos orijinales; lo que ha visto por sus ojos i tocado con sus uanos, pues desde los primeros años de su mas florida edad, en que se ofreció de Europa a la espiritual conquista de este nuevo mundo, comenzó a correrle todo; despreciando cátedras que sus lucidas prendas le merecian, no dejó parte de Chile que no moviese”.

El mismo injenuo autor confiesa la diversidad que debe atri-

buirse a lo que él ha contado por ajena inspiración i a su observación propia, porque en llegando a contar el gobierno de Lazo de la Vega, que comenzó en 1629, hace testualmente esta declaración de verdad: “I si bien hasta aquí he escrito muchas cosas por noticias de papeles i relaciones, escojendo siempre las verdicas i mas ajustadas, en adelante escribiré lo que he visto i tocado con las manos”.

VI.

En cuanto a la composición puramente bibliográfica de la crónica que analizamos, diremos únicamente que se halla distribuida en diez libros i éstos agrupados en dos volúmenes, que parece haber sido intención de su autor separar a última hora en cuatro, talvez en atención a lo abultado de sus materiales, que son cerca de dos mil páginas infolio a dos columnas, de letra muy menuda.

Cada libro contiene, en término medio, 30 capítulos, i éstos no son mas estensos ni mas breves que los que hoy usan los historiadores. A cada uno de ellos el prolijo narrador ha asignado un tema especial, lógico i bien definido. El libro I, que es acaso el mas interesante i aquel cuya materia el autor conocia mas a fondo (pues sabia la lengua araucana “como si fuese hijo de la tierra”, dice uno de sus críticos), está consagrado a los obrerjenes de Chile i a la época incarial o dominación peruana. El libro II trata de nuestra jeografía e historia natural. En el III, en que comienza propiamente la relación cronológica, se cuenta minuciosamente el período de la conquista, desde la entrada de Almagro hasta la muerte de Valdivia. El IV contiene la relación de los terribles acontecimientos que sucedieron a aquel fracaso, hasta terminar, junto con el siglo XV, el gobierno de don Alonso de Sotomayor. El V es la historia de la gran rebelión del siglo XVII, que comenzó con el asesinato del presidente Loyola, i solo terminó después de 14 años con la famosa i quimérica guerra defensiva que impuso en Madrid i en las fronteras la ilusa filantropía de frai Luis Valdivia. El libro VI es acaso el que presenta un interés mas escaso, por referirse únicamente a defender la doctrina i las quiméras de su ilustré colega,

que tan malos frutos dieran a sus autores, i aquí concluye el primer volúmen.

En el segundo, en que ya el autor entra a recitar como actor contemporáneo, la relacion vuelve a cobrar un interés palpitante, i sus cuatro libros están distribuidos de la manera siguiente:

Libro VII, gobierno de Fernandez de Córdova i Lazo de la Vega, época de guerra i derrotas: libro VIII, gobierno del marques de Baidés i sus famosas *paces jenerales*: libro IX, gobierno de don Martin de Muxica: libro X, gobierno de Acuña i segunda gran rebelion de los araucanos.

VII.

Aquí queda bruscamente interrumpida la crónica en el cap. XI; i cuando pareceria que la intencion del autor ha sido contar en sus pormenores la conjuracion indíjena que dió en tierra con el gobierno del mal aventurado i negociante presidente que acabamos de citar, se detiene solo en el bosquejo de sus preliminares. ¿Por qué causa? ¿Dejó el libro inconcluso voluntariamente el padre Rosales? ¿Se le acabó la vida antes de terminarlo? O en las mudanzas de tantos años ¿se perdieron las hojas sueltas i cuaderillos mal foliados que completaban este libro, segun parece indicarlo el titulo de éste? I así como la obra ha sufrido este lamentable estravío en esa parte, ¿hanse tambien perdido uno o dos libros que llevaron la relacion hasta el gobierno de don Juan Henriquez, 20 años mas tarde, época en que consta que el autor estaba en Chile (1673) i ocupado de preparar su obra para la preusa?

Imposible seria solucionar estas dudas, i mas que milagro el que llegara a recuperarse lo que falta. Sin embargo, nuestro distinguido amigo el señor don Ignacio Víctor Eyzaguirre, cuya biblioteca de manuscritos nacionales no tiene rival en el país, posee tres o cuatro capitulos sueltos de la *Historia jeneral* de Rosales, así como la vida del padre Mascardi, que tambien escribió el último. ¿Serian acaso esos fragmentos los que faltan al interrumpido lib. X i último de esta historia? Gran fortuna seria tal hallazgo, i si no la hemos comprobado todavía, débese esto, por cierto, mas a la avaricia de nuestro tiempo que a la voluntad siempre francamente dispuesta de su comedido dueño.

VIII.

En cuanto al estilo jeneral de la crónica de que damos sumaria cuenta, un literato español, buen juez en materia de retórica (don Vicente Salvá) comparó el de su autor al de Solís, i aun le encuentra superior. “No se citará en los diez libros de la *Historia de Chile*, dice aquel critico en un estudio de que hablaremos mas adelante, un solo concepto, una sola metáfora incongruente, ni una frase afectada de las que tantas veces se escaparon a la pluma del panejirista de Cortés. Añádese a lo dicho las dotes de ser perspicuo, majestuoso, animado, i sobre todo, tan puro en la dición, que lleva en esta parte *grandes ventajas a Solís*”. Esto, por sí solo, es un elogio insigne i es bastante.

No entraremos nosotros, empero, a profundizar el parangon, si bien es un hecho evidente que Rosales apenas pagó un debilísimo tributo al pésimo gusto de su época, porque es tan parco en aforismos, en citas, como avaro de latines, haciendo de esta suerte el mas singular contraste con la crónica abrumadora de Córdova Figueroa, que ha merecido ya entre nosotros los honores de la imprenta, cuando acaso es solo acreedora a los del rollo por pedantesca, por bárbara i especialmente por latina.

Respecto de lo que aquí nos permitiremos llamar el candor histórico de los escritores eclesiásticos de Chile en esos siglos i los presentes, Rosales lo tuvo en alto grado, pues, como su predecesor Ovalle i la mayor parte de los escritores eclesiásticos del siglo XVII, cree en todas las apariciones de la Virgen en los asedios, i en la participacion del apóstol Santiago en todas las batallas entre castellanos i jentiles. I aun refiere del último, que segun tradicion de los indijenas, predicó el evangelio en Chile, recorriendo todo su territorio calzado de ojotas i con su poncho doblado sobre el hombro, “a usanza de los naturales”.

Sin embargo, en la *protesta* con que encabeza su libro declara honradamente el padre jesuita que no atribuye mas autoridad a los milagros de su leyenda que “aquel sentido (son sus palabras) en que suelen tomarse las cosas que estriban en autoridad solo humana i *no divina*”. Distincion es ésta admirable en un sacerdote de la edad feudal, i que no estaria hoi de mas fuese tomada en cuenta por los narradores de milagros modernos en

éste i en el viejo mundo. I a este propósito, parécenos muy del caso trascribir aquí, en abono de la sinceridad i del buen seso de nuestro historiador, la narracion del siguiente milagro en que él mismo fuera parte, i cuyo pasaje podrá servir a manera de ejemplo sobre la índole de su estilo llano i agradable. Es la historia de una aparicion ocurrida en las montañas de Concepcion después del terrible terremoto i salida del mar de 1657, en cuya catástrofe el buen padre se halló presente. Dice así (Lib. II, páj. 93):

“I sobre todo esto, lo que mas les aflijó (a los habitantes de la antigua Concepcion) fué una profecía i revelacion de un muchacho de diez a doce años, que por de tan poca edad ninguno se podia persuadir que fuese invencion o engaño i mas afirmándose, como se afirmaba en ello con tantas veras i con tanta seriedad. I la profecía era que, yendo caminando hácia una montaña apartada de la ciudad huyendo de las calamidades que en ella habia, le habia salido de lo interior del monte i héchosele enconradizo un ermitaño, con barba larga i aspecto venerable, i mandádole que volviese a la ciudad i que dijese al gobernador i a toda la ciudad, que habia llegado ya su fin, i que no solo ella sino todo el reino habia de ser assolado i otras muchas provincias i reinos de las Indias, i otras profecias que el vulgo aumentaba i encarecia; con que andaban todos alborotados i asombrados; i como los temblores se repetian, a cada uno esparaban el fin i que la tierra se habia de abrir i tragarlos a todos. Pasó esta nueva a Santiago i al Perú, i juntaban con esta revelacion otras inventadas, para acreditar ésta, siendo el mayor crédito de ella el haberse hecho a un niño inocente i sin malicia.

“Pareció al obispo don frai Dionisio Simbron, i al gobernador don Pedro Porter Casanate i a los prelados de las relijiones, que se debia examinar el caso i saber el fundamento i certeza de esta relacion. I habiéndose juntado a todos los prelados en casa del obispo trajeron al muchacho. I preguntado del caso, se afirmó en él i en lo que le habia dicho el ermitaño, i como en esta tierra no supiésemos que hubiese ermitaño ninguno i juzgando yo por algunas razones, que era mentira, aunque él se afirmaba tenazmente en ella. Para descubrirla mejor, me fuí con su embuste i finjí allí otra revelacion del mismo ermitaño i dije:

que todo lo que aquel niño decia era verdad i que se lo habia revelado, i otras cosas que él no se habia acordado de decir. I asi le dije: mira niño, que te has olvidado, que tambien te dijo el ermitaño que dijese esto, i esto, i no te has acordado de decirlo. Respondió luego el muchacho, es verdad que tambien me dijo eso, i no me habia acordado. Como le cojí con esta estratagemá en la mentira, para mayor confirmacion, fué sacando otros disparates i diciéndole. Mira niño que te has olvidado, que mandó el ermitaño que le dijese dos misas cantadas, porque se habia de morir luego i que no buscasen su cuerpo, porque los finjeles le habian de llevar a enterrar al monte Sinai. Respondió a esto tambien. Si, padre, todo eso me dijo i yo me habia olvidado. Con que se conoció mas claro que en todo habia dicho mentira el muchacho, apretáronle i confesó que un soldado le habia metido en que finjese esa revelacion i que de miedo se habia afirmado con tantas veras en ella, ya que la habia comenzado a publicar. *Para que se vea el tieno que es menester para creer semejantes revelaciones i el cuidado con que se han de examinar!.....*

IX.

Analizaremos ahora separadamente, pero con la escasa estension que es licita en un ensayo de este jenero, cada uno de los grandes temas de la obra que tenemos entre las manos, con escepcion del libro destinado a los aboríjenes, que se presta a graves discusiones i diverjencias, i cuyo interés es tal, segun ya dijimos, que para formar de él un concepto justo seria menester reproducirlo entero.

X.

En su estudio de la historia natural de nuestro suelo, Rosales no ha podido menos de mostrarse inferior al ilustre sabio de su misma órden a quien hemos levantado estatuas i que floreció un siglo cabal mas tarde. Pero sin disputa es superior al aficionado Olivares, quien, a mayor abundamiento, confiesa haber tenido alguna vez a la vista el libro del antiguo provincial.

Es sumamente curioso el párrafo que Rosales consagra a la existencia i propiedades del *carbon de piedra* (este propio nom-

bre le da) de la bahía de Concepcion, cuyo descubrimiento es vulgar hacer datar apenas del cuarto de siglo que espira, i no lo es menos aquel en que menciona nuestras aguas termales. No hace, es cierto, alusion ni a las de Colina ni a las de Apoquindo (que talvez en esa época no se conocian o no se usaban); pero cita como excelentes las del "Principal de Zamora" i una fuente de agua hirviendo que existia en Bucalemu, en la cual él mismo se curó de una enfermedad mortal, pero de cuyo paraje no queda hoy indicios en aquella hacienda, talvez a influjos de los sacudimientos posteriores de la tierra. Habla tambien con estension de los baños de Rancagua (Cauquenes) i de una fuente sin nombre que señala en las cordilleras de Chillan.

Del reino mineral, es decir, del oro, que era el único metal químicamente conocido de los conquistadores castellanos, cuenta Rosales verdaderos prodijios; pues si Ovalle refiere que lo servian sus mayores en los saleros en los dias de festin i lo barrian las sirvientas en los patios después de los saraos, su contemporáneo asegura que por ser mas barato que el fierro, se hacian en un tiempo frenos de aquel metal i se herraba a los caballos. Asegura que el tributo anual que los chilenos pagaban al inca i que encontró Almagro llevado en unas andas de caña brava, pesaba catorce quintales, i que éste iba en rieles sellados con una estampa en la forma de un seno de mujer, sin contar dos pepas de oro nativo, de las cuales una valia 700 pesos i la otra 500. Añade en otra parte que de los libros reales de la Imperial que él mismo viera, constaba que la tasa real que se pagaba por el oro era de 700 pesos diarios, i sostiene con sobrada razon, como podria probarse matemáticamente hoy dia, que el oro no ha dejado jamás de ser abundante en Chile, pues lo que se ha acabado no son los lavaderos sino los lavadores, i el azote, que era su salario.

XI.

Pero lo que nos parece mas digno de consignacion especial es el análisis que hace de nuestra topografía; es la etimología sencilla, natural i a todos luces verdadera que, prescindiendo de agüeros, gritos de pájaros i otras patrañas (acojidas, sin embargo, por hombres tan serios como Molina), da el historiador je-

suita al nombre de *Chile*. No proviene éste, segun él, sino del nombre de un cacique de Aconcagua que así se llamaba, i que, como sucede hoi en Arauco, daba el nombre al valle que habitaba, el *valle de Chile*, i de aquí por amplificación el de todo el reino. Tan cierto es esto, que todavía prevalece en nuestros campos i aun en las mas cultas ciudades la propension a denominar los lugares por el nombre de sus habitantes, como “lo Amaza” (Purutun), “lo de Águila”, “lo de Nos”, etc. Los conquistadores no hicieron sino jeneralizar el nombre local, exactamente como habian llamado al Perú *Pirú* por el apellido del primer cacique que salió a su encuentro cerca de Túmbez i que les dijo llamábase así él mismo o su lugar.

Esplica tambien Rosales por qué Chile se llamó siempre *reino de Chile*, a diferencia del Perú i el rio de la Plata, que siendo comarcas mucho mas vastas, nunca tuvieron sino el nombre oficial de *virreynatos*. I cúponos esta alta honra porque, cuando Carlos V intentó desde Flandes casar a su hijo Felipe, que a la sazón era solo príncipe, con la reina María de Inglaterra, observóle ésta que no era bien dar su mano a nadie que, como ella, no fuera un rei. “I como ya estas provincias (dice Rosales) estuviesen por el emperador, dijo:—*¡Pues hagamos reino a Chile!* i desde entonces quedó con ese nombre”.

XII.

Por lo demás, la competencia del padre Rosales para conocer la historia natural de Chile en un sentido práctico no podia ser mas reconocida, pues lo habia recorrido en todas direcciones hasta Chiloé, siendo el primer provincial de la Compañía de Jesus que hubiese llegado a esas aguas. Pasó dos veces la cordillera; habitó entre los pehuenches; estuvo trece meses sitiado en las selvas de Borca; i anduvo, por último, en todos los parajes del reino, sin que haya quedado, dice el conocido jesuita Nicolás de Lillo, su contemporáneo, “isla en su piélago, pedernal de sus sierras, ni árbol de sus bosques, yerba o flor en sus prados, o arroyo o rio en sus valles que no haya registrado su curiosidad”.—“Sale, pues, el reino de Chile en esta historia jeneral (esclama en este mismo sentido el provincial Córdova, de Santo Domingo) de las manos de su autor como Dios lo crió, admirable

en la fecundidad, colmado en la hermosura, repartido en la perfeccion; tan sin perder circunstancias en la verdad i tan sin desfigurar con ajenos afeites el natural, que quien le leyese en la rejion mas distante le conocerá en este escrito como si le tuviera presente". I concluye pidiendo que el libro se imprima, "nó en papel, que rasga el tiempo, sino en láminas de bronce, que prevalecen contra el olvido".

XIII.

Pero donde comienza para nosotros el verdadero i palpitante interés de esta obra desconocida es en la cronolojia histórica. Es un libro vivo, o mas bien, un libro resucitado, porque nos habla a través de dos siglos con la animacion propia de los acontecimientos que se desarrollan cada hora a nuestra vista. Verdad es que en los primeros capítulos relativos a la entrada de Almagro, es decir, al *descubrimiento*, el historiador jesuita ha quedado a la espalda de Fernandez de Oviedo, el amigo íntimo, el colega i apasionado panejirista del descubridor, cuyas cartas orijinales tuvo sobre su mesa, como que su propio hijo, el veedor Valdés, vino a Chile con aquél i murió ahogado en su regreso en un rio del Perú. Pero la *Historia jeneral de las Indias*, este libro fundamental de la crónica americana, junto con las *Decadas de Herrera* i la historia aun inédita del padre Las Casas, no habia venido sin duda a Chile en esa época, porque Rosales, que cita a muchos grandes autores, como Laet, De Bry, Pedro Mártir de Angleria e innumerables otros, no le menciona en parte alguna, i de esta suerte careció del principal testimonio auténtico que hayamos conservado de aquella extraordinaria campaña.

XIV.

Mas desde que sigue los pasos de Valdivia, el cronista de Chile pisa sobre terreno seguro i anda sobre un sendero conocido a palmos. Greeríase que hubiese tenido entre las manos al redactar su tercer libro aquel que ya hemos mencionado como perdido i que compuso el propio secretario de Valdivia, tanta es su minuciosidad en los detalles, en la fijacion de los lugares, el acierto en los nombres, la precision en las jornadas. Traza

paso a paso el itinerario del conquistador, desde Atacama al Bio-Bio, dando a esta parte de la relacion una novedad tal, que habria sido difícil hallarla, aun en las animadas epístolas de nuestro primer gobernador, ni en las injenuas pájinas de su contemporáneo Góngora Marmolejo, nuestro Bernal Diaz del Castillo.

Así, por ejemplo, refiere Rosales una batalla de la que hasta aquí no habíamos encontrado huella alguna, que ocurrió en Limarí i en la cual las piedras i riscos del cerro de Tamaya hicieron sobre las espaldas de nuestros abuelos un ejercicio muy distinto del que hoy reciben bajo el combo i la *yaucana*. De la primera gran batalla que ocurrió en Santiago entre Francisco de Villagra i Michimalonco, cuando Valdivia andaba esplorando el valle de Cachapoal, no cuenta, por ejemplo, nuestro cronista las patrañas i exajeraciones del padre Ovalle, tales como la aserradura de la lanza de Francisco de Aguirre porque su mano crispada no podia soltarla; pero refiere incidentes curiosos, naturales i enteramente ignorados, como el de que fué tal el tropel i el ímpetu con que los indios penetraron en la ciudad, que un soldado llamado Pedro Velasco, que se hallaba de centinela, fué levantado en peso por la turba furiosa i arrastrado en esa forma mas de doscientos piés. Confirma la hazaña, hasta aquí para nosotros dudosa, que ejecutó en esa prueba la Judith chileno doña Inés de Juarez, si bien añade que en el primer momento fué ésta hecha prisionera por los bárbaros, de cuyas manos la rescataron los castellanos en lo mas crudo del combate. Pelearon los últimos por su parte con tal brio, que un solo capitán, llamado Alonso de Morales, quebró tres espadas i quedaron en el recinto del pueblo, recién fundado, no menos de 709 indios, cuyos cadáveres, atravesados en las acequias recién abiertas, causaron una inundacion que aumentó los horrores del incendio en la pajiza aldea. Los españoles solo perdieron 4 hombres i 17 caballos.

XV.

Es digno de especial anotamiento que Rosales solo fija en *seis mil* el número de guerreros que en aquella ocasion acaudilló Michimalonco, cacique principal de Mapocho; cuando es de se-

guro que Mariño de Lovero habria puesto en tal caso cien mil, i el padre Ovalle el doble. Uno de los mayores méritos del cronista jesuita es, por esto, a nuestro juicio, su visible i constante afición a la verdad, no obstante que la hipérbole en sus exajeraciones mas monstruosas era el gusto i el sistema reinante de sus dias. No es tampoco mayor el número que atribuye a las huestes de Lautaro cuando, después de la muerte de Valdivia, marchó aquel candillo sobre Santiago.

En ningun caso habla Rosales, nos parece, de una *junta* o ejército mayor de veinte mil iudios, i aun asegura que en todo Arauco, que él conocia a palmos, no habrian podido convocarse en esos años (a mediados del siglo XVII) mas de veinte mil lanzas.

A los filos de éstas, confiesa, sin embargo, que en los primeros 150 años de la conquista habian perecido 44 mil españoles, costando la sustentacion de la guerra durante ese período 39 millones de pesos, que es como si se dijera hoi doscientos millones o el doble.

XVI.

El largo i ajitado gobierno de Valdivia ocupa un libro entero de la historia, segun ya dijimos (el III), cerrando su última página con la relacion de la muerte del ilustre capitán. El sensato cronista rechaza todas las fábulas que sobre este lance ha tejido la tradicion, como la del oro derretido que le dieron a tragos, i sostiene que Valdivia fué inmolado, segun la usanza de los bárbaros, i conforme a la relacion que del lance “le hicieron los indios mas ancianos”, de un mazazo en la cabeza que le postró aturdido, en cuyo acto le sacaron vivo el corazon i se lo comieron a mordiscos.

Añade que el cráneo de la victima era conservado religiosamente hasta su tiempo por los descendientes de Caupolicán, quienes libaban en él el licor de sus venganzas i rehusaban a los españoles todo precio por su rescate.

Desbarata de igual manera, a propósito de Caupolicán, el cruel artificio de Ercilla, que atribuye al capitán Reinoso en la ejecucion del héroe araucano, pues afirma que, como cristiano i

convertido, fué ajusticiado cual si hubiera sido un soldado castellano, es decir, por el garrote i no la estaca.

Las campañas del animoso Lautaro están admirablemente contadas en las páginas que recorreremos, i ofrecen todo el vívido interés de una leyenda. Se juzgará de su animacion i colorido por el retrato físico que en cierto pasaje (páj. 232 del lib. IV) hace del héroe bárbaro.

“Estaba, dice, el arrogante jeneral Lautaro, armado de un punto acerado, cubierto con una camiseta colorada, con un bonete de grana en la cabeza con muchas plumas, el cabello quitado, solo con un copete que se dejaba por insignia de jeneral. Era araucano de nacion, hombre de buen cuerpo, robusto de miembros, lleno de rostro, de pecho levantado, crecida espalda, voz grave, agradable aspecto i de gran resolucion”.

XVII.

Como todos los cronistas antiguos, Rosales es grande admirador del sombrío e imberbe don García Hurtado de Mendoza (la tercera gran figura castellana entre nosotros, después de Almagro i de Valdivia), cuya sobriedad, desinterés, valor heroico i severidad imponderable no se cansa de exaltar.

I por cierto que no debió poner Ercilla mucho de su fantasía en la relacion del lance de la Imperial, cuando aquél le mandó cortar la cabeza en un torneo, por haber desenvainado con enojo la espada en su presencia, pues refiere que a un rico mercader del Perú llamado Gonzalo Girol, le hizo clavar la mano en un lugar público por haber dado una bofetada a uno de sus pajes que le cerró el paso en una audiencia.

XVIII.

El venerable cronista del siglo XVII, a ejemplo de los escritores de la escuela moderna, se complace en retratar a la mayor parte de los personajes de alta talla que figuran en sus anales, i se vale para esto, como colorido, sea de una impresion feliz, sea de un análisis moral, sea de la reproduccion de su físico en entero. Así, del gran soldado Lorenzo Bernal del Mercado (héroe constante de la crónica de Marmolejo), dice que fué el Cid Campeador de Chile, i de Alonso García Ramon, que era “jen-

til hombre de buena cara i mucho bigote"; de Jara Quemada, antiguo paje del duque de Alba, refiere, como si le hubiera conocido personalmente, que era "de rostro moreno i de cuerpo doblado", i del gran batallador Lazo de la Vega, que tenia "un aspecto feroz". I como a este último ciertamente le vió i trató casi de igual a igual, esto es, de provincial a presidente, queremos copiar en seguida el juicio que le merecieron su carácter i sus hechos. "Murió este gran jeneral (dice, lib. VII, páj. 592) en lo florido de su edad, pues no pasaba de 50 años. Pasó su carrera de caballero, igualándose a cuantos celebra la fama, fué de ánimo grande, de aspecto feroz, de condicion severa, de gallardo espíritu, de grande constancia en los trabajos i de valiente resolucion en los peligros. Pronto i vijilante en sus acciones militares, cuidadoso en la disciplina de los soldados, descontento siempre de las armas, por mas bien apercebidas que las tuviesen, solícito en proveer el ejército, presuntuoso en el buen tratamiento de los soldados. I dotado finalmente de excentísimas calidades i merecedor de que su nombre quede eterno en la posteridad".

XIX.

I de esta manera, colocando como en un lienzo delante de la opaca luz de los siglos las sombras de todos aquellos nombres históricos, podria en cierto modo rehacerse físicamente la serie de nuestros antiguos presidentes, que tan lastimosamente desapareció en el antiguo palacio de gobierno la noche del saqueo de *Chacabuco*. De esos retratos ninguno hasta aqui ha sido rescatado. El de Valdivia, regalado por Isabel II, es tan apócrifo como la grotesca estatueta que con su nombre han traído para uno de nuestros clubs, o el busto que con el nombre de Almagro hizo esculpir Antonio de Herrera en su portada. A la verdad, solo se conserran como auténticas las efigies de los que de Chile pasaron a ser vireyes del Perú, como Amat, Manso, Jáuregui, Avilés i O'Higgins. De este último se conserva además un pequeño retrato de familia i un magnífico boceto al lápiz, que ha sido reproducido últimamente en Paris para adornar la biografía del primer jenio administrativo de la colonia. En uno de los con-

ventos de Santiago se conserva tambien un buen retrato, pero en edad juvenil, del presidente Ustariz.

XX.

Por supuesto que la limpieza del linaje es en cada uno de los personajes de la vieja crónica castellana la prenda mas valiosa de su mérito, i a este propósito afirma que Alonso de Rivera era onceno nieto por línea recta de varon del rei don Jaime I de Aragon; i en otra parte declara que el famoso don Diego Flores de Leon, quinto abuelo de nuestro ilustre i venerable amigo el almirante Blanco, procedia por la línea masculina de los reyes de Francia i por las hembras de la de Leon, i de aquí su segundo nombre. Por lo demás, uno de sus capítulos contiene una larga lista alfabética de toda la nobleza de Chile, i especialmente de Santiago; por manera que, si la obra se da alguna vez íntegra a luz, el que no encuentre en ella memoria de sus abuelos habrá de taparse la cara con las dos manos i huir a esconderse en el limbo oscuro de la heráldica, en que habitan los “mulatos.....”

XXI.

Un grave defecto tuvo, empero, Rosales en todas sus apreciaciones de persona, segun era la índole de aquellos tiempos, i es el de que, al morir, todas las figuras notables de su crónica, por ese solo hecho, convertíanse en seres depurados, impecables, perfectos. Tal era, sin embargo, la escuela histórica de la colonia, i continuó siendo hasta que secóse sobre el papel la tinta de la así llamada *Historia* del padre Guzman, escrita con zahumerio i yerba-mate. Cierta es tambien que a los que han venido en paz i se han imaginado que la historia es solo verdad i la posteridad solo justicia, les ha caído en la cabeza el fuego de todos los hogares i de todas las cocinas de su tierra, i no han escarmentado por ello.....

XXII.

Uno de los temas mas interesantes tratados con frecuencia por el padre Rosales, es el de las expediciones marítimas em-

prendidas contra Chile en los siglos XVI i XVII, especialmente por la Inglaterra i por la Holanda. No deja de mencionar una sola de ellas, i con la particularidad de que sus revelaciones se refieren casi únicamente a los aprestos de resistencia interna que hacian los chilenos, completando así el cuadro descabaldo de aquellas aventuras, conocidas hasta aquí únicamente, a virtud de los libros estranjeros, por el lado de la invasion i del mar. No emitiremos mencionar a este propósito, que, segun nuestro autor, cuando Candish asaltó a Valparaiso a postreros del siglo XVI, salió de Santiago armado de punta en blanco i aparejado para la batalla, a la cabeza de “veinte clérigos i ordenados” el provisor don Francisco Pasten, probablemente a titulo de nieto del célebre almirante. Iba tambien erguido sobre su lanza el canónigo don Pedro Gutierrez, i a mas, al frente de una de las tres compañías de milicias que despachó el cabildo de Santiago a la costa, marchaba el padre Juan Cano de Araya, que habia sido soldado. De todo lo cual no seria difícil deducir que esto de que el clero chileno gustó de terciar sus armas i de esgrimir su hoz en campos que no eran los de la viña del Señor, es aficion antigua i no domada por la índole mas benigna i evidentemente anti-elesiástica de estos modernos tiempos.

XXIII.

Cuenta tambien el no siempre discreto jesuita, un lance de este jaez que es peculiar de esos años i ocurrió en la Concepcion. Es el siguiente:—Hallábase un dia cierto estudiante de teología, consagrado de órdenes menores, parodiando en una alcoba la leyenda de amor que se atribuye al santo rei David, cuando el agraviado Urías presentóse a la puerta, i en retribucion de su sorpresa, recibió en el rostro tan feroz candelero que le bañó en sangre. Pero él acertó a echar el cerrojo por de fuera a los culpables, i apellidó en su auxilio a la justicia. Hallábase a la sazón en la ciudad el iracundo Alonso de Rivera, i como era “hombre de muchos bigotes”, tomó la cosa a pechos, hizo montar al clérigo adúltero en un caballo, i por las calles públicas le aplicaron doscientos azotes, desman que no pudo estorbar el obispo, porque cuando lo supo, dice candorosamente el cronista, “ya se los habian dado”..... Pero siguióse de esto una des-

comunal riña eclesiástico-civil, mezclada de azotes i de cánones, de adulterio i excomunion mayor, que no terminó sino con la humillacion del presidente, pues para levantarle la última el diocesano “le puso el pié en el pescuezo” i así lo perdonó: que éste era el galardón de los que reprimian el adulterio i el sacrilejio cuando el reo vestia ropa talar i la inmundicia del fuero divino.

XXIV.

I a este tenor, ofrécenos todavía el cronista de Jesus un ejemplo no menos curioso de las escentricidades eclesiástico-militares de esos años: tal es su historia de la Monja-Alférez, relacion admirable porque es sincera, i preciosa porque es completa. El estudio i vaticinio que el que esto escribe hizo hace un año cabal en estos dias sobre que la *Vida de doña Catalina de Erauzo* era una fábula tejida sobre un argumento verdadero, quedan en esa narracion completamente comprobados. Citando a un capitán que escribió en Chile la vida de la monja-soldado i a quien el mismo Rosales conoció a su vez, retrata a la última con estas palabras, que son el mas evidente desmentido de la mencionada *Autobiografía* en que la monja (que nunca fué conocida en Chile sino con el nombre de Francisco de Noyola) se pintó a sí misma como un desalmado infame.—“Certifica Romay (dice el jesuita), que escribió este caso, que la conoció i trató mucho; que su honestidad era grande, teniendo los ojos bajos i clavados en el suelo, sus palabras muy compuestas, su proceder virtuoso; i aunque no sabian que era mujer, siempre andaba cubierta con el velo de la virjinal vergüenza, aunque encubriendo quien era”. (Lib. V, páj. 411).

XXV.

Desde el gobierno de don Francisco Lazo de la Vega, la crónica del padre Rosales participa del carácter de un libro de memoria, porque, segun ya lo hemos anticipado, él afirma que cuenta solo lo que vió con sus ojos i tocó con sus manos. Uno de sus censores agrega, por su parte, que en ninguno de los gobiernos que se sucedieron “se tomó jamás resolucion grave sin

escuchar antes su consejo", lo que autoriza mas aun, si es dable, su bien coordinada relacion.

XXVI.

Señalamos ya el punto en que ésta termina, es decir, el año de 1652, i de aquí no pasa un día el manuscrito que se conserva. Hallábase el libro enteramente listo, corregido i puesto en limpio, con sus índices i sumarios, dibujada aun con lápiz en la portada la simbólica carátula de estilo (la cual aun se conserva), por el año de 1666, segun se ve por las fechas de las aprobaciones i alabanzas que la preceden, i aun volvió el autor a retocarla siete años mas tarde, agregando en su dedicatoria al rei Carlos II que la enviaba en romería a Europa a fin de que viera bajo sus auspicios la luz pública.

Ahora ocúrrese aquí preguntar por qué un libro tan autorizado, escrito por un provincial de jesuitas en ejercicio, que se hallaba desde tantos años en estado de ir a las prensas, i cuando, segun la espresion de uno de sus panejiristas (el provincial citado de Santo Domingo), "todo este reino de Chile ha tenido impacientes deseos de ver salir en cuerpo entero su lucida historiajeneral que en circuncisos i menudos fragmentos han estampado algunos autores". ¿Por qué, repetimos, no ha alcanzado todavía su merecida publicidad?

Misterio es éste que no estamos en aptitud de poner en claro. ¿Fué por la muerte de su autor? ¿Fué porque, habiendo meditado él mismo llevarlo a Europa, segun se colije de un pasaje en que su título de *procurador en Roma* (que para aquel efecto habria acaso recibido de la órden, como Ovalle) aparece borrado despúes de conferido, tal viaje no se llevó a cabo? ¿O fué a virtud de las trabas de aquel oscurantismo insondable con que la España persiguió todo lo que en las Indias podia ser luz, progreso, civilizacion, de cuyo plan tan curiosos i abundantes ejemplos nos ha citado el ilustrado secretario jeneral de la Universidad en su último i hermoso libro histórico? Bien pudo ser todo ello a la vez. El bibliófilo Salvá, que antes hemos citado, sospecha, además, que el capitan jeneral de Chile, el virei del Perú o el consejo de Indias opusieron su voto a aquella obra, a virtud

de su liberalismo indisputable i de su patrocinio entusiasta por los indios chilenos.

Bien pudo tambien quedar el libro en Chile, muerto su autor, hasta la espulsion de los jesuitas un siglo mas tarde, i así se esplicaria el que lo hubiese visto Olivares, o bien, espedido antes a Europa, fué capturado en la mar, i en vez de ir a España “en romeria”, fué a parar en los estantes de un bibliófilo en Paris. Lo cierto es que la primera mencion pública que se hizo de la existencia de esta obra consta únicamente del catálogo de libros i papeles sobre Chile que al final de su historia civil publicó el abate Molina por el año de 1790. Esa noticia está contenida en una sola línea: “*Diego de Rosales.*—Historia de Chile.—Manuscrito en Paris”.

XXVII.

Su poseedor en esa época era el célebre orientalista M. Langlés, i a su muerte en 1824 o 25, se vendió en remate público junto con su rica coleccion de manuscritos orientales (2). Comprólo el conocido librero i bibliógrafo don Vicente Salvá por un ínfimo precio (180 francos, si no estamos mal informados) i lo llevó a Londres, donde lo ofreció en venta a los pródigos aficionados ingleses por la gruesa suma de 200 libras esterlinas, segun consta de su catálogo de 1826 (3). Al mismo tiempo, Salvá o alguno de sus amigos escribió un estenso juicio crítico del manuscrito, que se imprimió en el núm. 15 de *Los ocios de los españoles emigrados*, revista que se publicaba a la sazón en Londres, i de la cual se estampó aparte un folleto que tenemos a la vista.

Parece que el mui conocido lord Kingsborough tuvo el propósito de publicarlo a sus espensas, como lo habia hecho ya con las *Antigüedades mejicanas*, empresa de tanto costo, que bastó

(2) *Catlogue des livres imprimés et manuscrits composant la bibliothèque de feu M. Louis Mathieu Langlés, administrateur, conservateur de manuscrits orientaux de la bibliothèque du Roi, dont la vente se fera le jeudi 21 mars 1825.*—Paris 1825. El libro está anunciado en este catálogo bajo el núm. 4355, páj. 532.

(3) *A catalogue of Spanish and Portuguese books by Vicente Salvá.*—London 1826. En este catálogo la *Historia de Rosales* está anunciada por el precio de 200 libras esterlinas bajo el núm. 1878, páj. 184 i en la respectiva inscripcion se dice que está escrita casi enteramente de la mano de su autor. El bibliófilo Salvá la llama en una nota esplicativa de ese mismo catálogo.—“*The best and most complete history of Chili crising*” i tambien “*a model of good castilian*”.

para arruinarle, siendo todo un par de Inglaterra. Al decir de uno de los hijos de Salvá en una carta que tenemos a la vista, escrita en Valencia en mayo de 1870, fué ésta la única causa de no haber adquirido la historia americana aquel tesoro.

XXVIII.

Heredado éste junto con su rica biblioteca por el hijo mayor de Salvá (don Pedro), bibliófilo distinguido también, como su padre, durmió por mas de veinte años en sus armarios en la ciudad de Valencia, hasta que llevado allí por el destierro i las andanzas historiales el que esto está leyendo, a fines del año de 1859, obtuvo un difícil i casi sospechoso acceso al escondido pergamino, i bajo el ojo de su amo, lo inspeccionó con estrechez una o dos horas por dia durante una semana.

Convencido de esta suerte de su gran valor histórico, tomóse la libertad, apenas hubo regresado a América dos meses mas tarde (febrero de 1860), de escribir una carta confidencial a su distinguido amigo i maestro don Salvador Sanfuentes, secretario jeneral a la sazón de la Universidad, a fin de que empeñase a este cuerpo en tan valiosa adquisicion. Pero sea a causa de su mala salud o por el desencanto natural de los que cultivan las letras en Chile, omitió aquel funcionario dar paso alguno, de tal suerte que no se tuvo noticia de aquella carta crítica sino por haberla hallado su albacea entre los papeles del malogrado secretario jeneral. Alguien la entregó a la prensa por este acaso en el tomo 3.º de la *Revista del Pacífico*. La carta tenia fecha de Lima, febrero 23 de 1860.

XXIX.

Desairado en aquel patriótico empeño ante el mas alto cuerpo intelectual del país, el dueño actual del manuscrito no desmayó en su tesón, i al contrario, lo sostuvo a tal punto, que siendo miembro de la cámara de diputados, propuso en la sesión de 15 de diciembre de 1868, que la adquiriera la nación por un voto especial del congreso, asignándose para este objeto una suma competente. Pero se opuso un honorable diputado, i la votación se perdió por 28 votos contra 21. Los votos negativos habian sido en esta vez, según se ve, tantos como los pecados capitales.

Otro honorable i discreto representante, aficionado además a libros de América, declaró al tiempo de negar su voto que lo hacia solo porque estaba en su noticia que un lord inglés habia comprado el manuscrito, lo que equivalia a decir que el manuscrito era ya invendible e incomprable.

XXX.

Sin descorazonarse por esta nueva, que felizmente resultó inexacta (i que habia sin duda tomado oríjen en los propósitos de publicidad que muchos años antes tuviera lord Kingsborough), apenas el autor de esta reseña hubo llegado a Paris, en una tercera jornada por el viejo mundo, a principios de 1870, púsose en comunicacion con el bibliófilo Salvá, ya mui anciano, achacoso, mal ajestado, i tan adicto a sus mamotretos, que solo de mal humor i con epístolas desabridas (4) se prestó al fin a enajenarlo, resistencia que talvez era en él secreto presentimiento, pues apenas lo hubo vendido se murió.

(4) Como una curiosa muestra del amor entrañable que ciertos bibliófilos llegan a profesar a sus pergaminos, aun cuando no les interesen o ignoren su contenido, copiamos en seguida una de las cartas que el señor Salva (hijo) dirijió al amigo que nos servia de intermediario

Señor don N. N.

Valencia, 24 de mayo de 1870.

Mi mui apreciado señor:

Siento en el alma que talvez el no conocer el señor N., mi posicion e inclinaciones le haya hecho escribir cuatro o cinco cartas sobre la *Historia de Chile*, i ahora a Ud. el estender otra epístola sobre el mismo asunto, obligándome a fuer de persona bien educada, i a lo que usteles se merecen, el contestar a todas sus comunicaciones.

Soy loco por las antigüedades i rarezas bibliográficas, i la suerte me ha deparado una regular fortuna que me permite hasta cierto punto poder satisfacer mi pasion i mis caprichos en este jénero: el catálogo que estoi imprimiendo probará hasta qué punto puede llegar la monomanía de un hombre. Partiendo, pues, de este principio, cuando hai, talvez 150 tomos en mi biblioteca compuestos de *solas cuatro hojas*, las cuales he pagado a *onza de oro cada una*, i dos comedias me cuestan *siete mil reales*, no debe admirar el que no quiera desprenderme por menos de tres mil francos de un tomo tan precioso, que mi padre valoró en su catalogo de Londres en 200 libras esterlinas (1,000 ps.)

He dado al señor N. una descripcion exacta del indice, i en los *Ocios de españoles emigrados* se publicó el indice completo de los capitulos que contiene i materias de que trata, i hasta muestras del estilo puro i castizo del padre Rosales; mas no puede hacerse para enterar al señor de N. i si este caballero quiere esta joya, segun me ha dicho, por solo el gusto de poseerla, ¿no puedo yo tener igual capricho? ¿desprendiéndome de esta obra? ¿no quito a mi coleccion de libros de América uno de sus mas bellos florones?

Es, pues, inútil el que tratemos éste como negocio comercial porque, a decir verdad, casi hubiera sentido el que el señor D. N. accediese a mis exigencias.

Aprovecho esta ocasion para ofrecerme a sus órdenes, etc.—*Pedro Salva*.

XXXI.

Hizo de nuevo el manuscrito viaje a Paris, después de 40 años, i mediante la bondad de un amigo, encerrado como una joya de gran precio en su triple caja, habiéndolo recibido aquél de un hijo del señor Salvá, que hizo viaje espreso a Madrid, el cual tambien murió como su padre, lo que va constituyendo este manuscrito en amuleto o materia invendible, a menos de grave riesgo de la vida.

Saqué en consecuencia de Paris por libertarlo del asedio de los alemanes, cuando venian éstos marchando desde Sedan, i le guardé, primero en Lyon i después en Burdeos, encerrado en una caja de fierro i pagando un fuerte seguro contra peligros de fuego i de guerra. Además, en viaje no le soltaba de la mano, poniéndolo en el día de cojin i en la noche de almohada, hasta que volviendo a su propio centro, a dos pasos del claustro en que fué escrito hace justos 200 años, aguarda todavía en paz que acabe de roerle el diente de la polilla o salgan sus páginas a luz, revestidas con el lujo de aparato a que son acreedoras las obras que a justo título merecen ser llamadas *monumentos nacionales*.

XXXII.

Nos queda solo una palabra que añadir sobre la actual disposicion material del manuscrito i su estado de conservacion.

Quando lo adquirió Salvá por poco subido precio en 1825, parece que se hallaba en rápida via de deterioro; mas como tuviera la precaucion de colocarle en una caja triple, la humedad i otras influencias atmosféricas no han aumentado su daño. “Es en folio (dice aquel erudito, en el análisis citado que publicó de esta crónica), escrito a dos columnas i de letra del padre Rosales, de quien existen dos firmas al fin de las dos dedicatorias. “Si se encuentra alguna hoja de ajena mano, o está correjida por él, o insertada entre las otras, de modo que no puede dudarse que es el verdadero orijinal. Bien que, con motivo de haber pasado por tantos censores, o por algun incidente particular, sufrió bastante este manuscrito desde los primeros tiempos, i una buena parte está deteriorada hácia el lomo por la humedad,

faltándole a veces algunas palabras, en especial al principio del libro IV. Es por cierto maravilloso que se haya conservado todavía tan completo hasta nuestros días, después de 160 años (1825) i habiendo corrido tantas tierras, siempre en cuadernillos separados i aun en hojas sueltas.

“Ya que la suerte le ha preservado felizmente de las injurias del tiempo i de la rabia de las opiniones i partidos, añade ambiciosamente el bibliófilo español, seria de desear que una mano poderosa i amante de la buena literatura, no menos que de los timbres i glorias del Estado de Chile, le arrebatase por medio de la prensa de la oscuridad en que ha estado sumido, guardando, empero, cuidadosamente el orijinal como un documento irrefragable en ciertos puntos, por ser produccion de un jesuita español que presenci6 muchos de los sucesos que refiere”.

XXXIII.

Una palabra ahora para concluir.

Nuestros deseos i nuestras esperanzas son las mismas que con tanta animacion manifiesta el erudito escritor peninsular, con la sola diferencia, empero, que la *mano poderosa* que él ambicionaba para lanzar esta crónica a los vientos de la publicidad, no sea la siempre frágil de un solo hombre, sino la del país entero.

DERECHO COMERCIAL.—¿Es o nó susceptible de apelacion el auto declaratorio de quiebra?—Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de leyes i ciencias políticas, por don Manuel D. Martinez.

Señores:

Pocas materias pueden despertar con una actualidad mas palpitante vuestro interés que el juicio de quiebras. El desarrollo rápido i constante que desde hace algunos años se hace notar en el movimiento mercantil de la Republica, así como el espíritu cada día mas emprendedor i esencialmente especulativo que preside ese desarrollo, han hecho necesario un exámen deteni-